

PERIFERIAS HISTÓRICAS

Andrea Felicioni*

Edificio y calle

La idea de periferia histórica, o bien nos hace sonreír, o bien nos deja perplejos. ¿Por qué? ¿En qué sentido los centros de las ciudades son históricos y sus periferias no? Respuestas puede haber muchas y todas válidas: la periferia no es histórica porque es la parte nueva de la ciudad, porque allí no hay edificios antiguos, porque su morfología es totalmente diferente de la del Centro Histórico. Pero estas respuestas sólo son correctas si no salimos del ámbito cultural que ha creado los conceptos de periferia y de Centro Histórico. O sea, aquella cultura que pone al edificio y a la calle en la base de todo intento de comprender cualquier fenómeno territorial y urbano, quizás la misma cultura que llevó a Cerdà a formular el concepto de «urbanización» y a poner en su fundamento, como únicos elementos irreducibles, estas dos construcciones. Saliendo de este ámbito cultural, les diré sin miedo a equivocarme que la periferia, o aquella parte de territorio a la que así llamamos, es tan histórica como el centro de la ciudad a la que pertenece. Si supiéramos fijarnos también en los otros elementos que determinan la construcción del paisaje, quizás hoy no hablaríamos ni de periferias, ni tan siquiera de Centros Históricos.

Edificio y calle son, sin duda alguna, los elementos que más condicionan la percepción del ambiente construido, tanto hoy como hace siglo y medio. Pero, ¿realmente son los únicos elementos irreducibles? Personalmente, tengo mis dudas. Es cierto que el paisaje nos transmite las cualidades de su construcción, sobre todo a través de los edificios, de las calles y de sus infinitas formas de combinarse, pero la comprensión de esta construcción tiene que incluir también el análisis de otros elementos, otras construcciones.

Antes de ver cuáles son estas construcciones, introduciremos otro tema que

* Arquitecto. Suiza.

nos permitirá seguir adelante. Para ello, necesitamos dos imágenes: la de «red» y la de «mosaico». Red y mosaico son dos entidades al mismo tiempo muy diferentes y muy afines: una es el negativo de la otra. En una red, lo que cuenta son los hilos; las superficies vacías que estos delimitan quedan intangibles. En un mosaico, pasa exactamente lo contrario: lo importante son las piezas, las teselas; las líneas que las separan quedan en un segundo plano. En el territorio, mosaico y red se funden: las teselas del primero y los hilos de la segunda se unen en una sola entidad que llena cada espacio. Naturalmente, con el fin de analizar y comprender la construcción del territorio, es posible separarlos gráficamente. Los resultados serán utilizables de maneras muy diferentes: la red nos ofrecerá el esqueleto, la estructura, nos dará la posibilidad de comprender la forma sin enseñárnosla, ya que de esto se ocupará el mosaico.

Si nos preocupa la forma, si nos interesa llevar a cabo estudios como los de Kevin Lynch sobre la percepción o -utilizando un término suyo- la «figurabilidad» del espacio construido, nos hará falta, sobre todo, el mosaico. La red le será útil a los que quieran saber el porqué de las formas, los que buscan el esqueleto y, para ello, tienen que eliminar todo el resto.

Recuperemos y analicemos ahora nuestros supuestos «elementos irreducibles»: nuestra calle y nuestro edificio. La calle es un elemento lineal. Su forma puede ser reducida gráficamente a dos líneas que corren más o menos paralelas sobre una superficie. Esto produce dos efectos: primero, las dos líneas, conjuntamente, parten en dos la superficie que atraviesan; segundo, entre ellas se define una tercera superficie, la de circulación. De esta manera, las plazas y los cruces pueden ser vistos como los lugares donde las líneas de una calle se entrelazan con las de otras; otras calles que, a su vez, antes y después del cruce, habrán partido y partirán en dos la superficie que atraviesen. Todo esto, visto desde arriba, producirá la imagen de una red en la que las calles serán sus cuerdas (de doble hilo) y los cruces y plazas sus nudos. El edificio, en cambio, tiene forma más o menos compacta, se inserta en el paisaje de manera puntual. Puede juntarse a otros edificios y crear un conjunto, pero su disposición y su forma dependerán, en gran medida, de los accesos y de la parcela en la que éste se encuentre. Así pues, si tuviéramos que clasificar por red y por mosaico, seguramente pondríamos a la calle como hilo de la primera y al edificio como tesela del segundo.

Hemos establecido así una importante distinción entre edificio y calle, no tanto a nivel morfológico (aquí las diferencias son evidentes), sino en términos de utilización analítica: el edificio como elemento de análisis es fundamental para aquellos que estudian la «figurabilidad» del territorio y de su construcción. Para aquellos que no investigan la expresión de la forma, sino su origen -su estructura- el edificio no es en absoluto imprescindible. Quien estudie las formas de un árbol, los efectos producidos por dichas formas en un entorno dado, se fijará sobre todo en el tronco y en el conjunto de hojas; quien, en cambio, estudie el origen de las mismas formas, tendrá que quitar las hojas para poder mirar las ramas. En un collar, lo fundamental para la «figurabilidad» son, sin duda, las perlas, pero quien quiera

comprender la estructura del mismo objeto tendrá que observar los hilos que las aguantan.

Volvamos ahora a nuestra pregunta inicial: ¿Realmente edificio y calle son los únicos elementos irreducibles?

Heidegger nos dice que el hombre construye para habitar. Así que construir significa modificar la naturaleza para habitar. Es evidente que esto no se obtiene sólo a través de la construcción de edificios y de calles. Modificar la naturaleza para habitar significa también deforestar, remover la tierra y cultivarla, encauzar las aguas rebeldes de los ríos, reforzar declives, drenar terrenos pantanosos, abrir canales, excavar fosos y túneles, crear canteras, levantar murallas, diques y presas, dividir la tierra y delimitar propiedades, crear parques y jardines, desviar el agua con acueductos, poner la infraestructura para el transporte de gas, de electricidad o de información; todo esto, y mucho más, es construir. Todas estas son construcciones, igual que los edificios y las calles. Y si hemos establecido que la calles comparable al hilo de una red y el edificio a la tesela de un mosaico, lo mismo podremos hacer con cualquier otra construcción. Un muro o un acueducto, por ejemplo, serán hilos; un campo cultivado o un jardín serán teselas. Así que concentrarse exclusivamente en edificios y calles equivale a dejar de lado una cantidad de información importantísima para una correcta comprensión de la construcción del paisaje.

Concluyo esta primera parte comentando que, si fuéramos capaces de plantearnos las preguntas: ¿qué quiero estudiar? y ¿qué necesito para ello?, al estudiar la red de la periferia -la estructura- podríamos olvidarnos momentáneamente de los edificios, bajar la vista al suelo y descubrir una cantidad de historia en nada inferior a la de los Centros Históricos.

Conservación: ¿sólo un acto de conmemoración?

Una de las mayores preocupaciones del Consejo Académico Iberoamericano es «la conservación de los Centros Históricos y de su patrimonio Edificado». En el congreso de este año, esta preocupación es abordada desde «la vertiente territorial». Podríamos formular la cuestión de esta manera: el territorio y su comprensión como base para la conservación del patrimonio Edificado.

Lewis Mumford, hablando de la ciudad, la definía un «point of concentration» de un fenómeno que implica todo el territorio. Creo que sería interesante decir algo parecido acerca de la arquitectura y del edificio: la arquitectura es un fenómeno que implica todo el territorio y que tiene su «point of concentration» en el edificio. De esta manera, se establece un nexo muy fuerte entre entorno y edificio; éste sería la hoja que necesita de la rama, la perla que necesita del hilo.

Una verdadera protección del patrimonio sólo es posible a partir de la comprensión de la estructura que lo sostiene. Hoy en día «cortamos ramas» con una

facilidad sorprendente y luego hacemos saltos mortales para que las hojas sigan en su sitio.

Un edificio histórico, por el solo hecho de ser «histórico», es ya un objeto descontextualizado. Si a esta descontextualización temporal (que es esencialmente socio-cultural) le añadimos aquélla de su entorno físico, las posibilidades de que el edificio pueda sobrevivir son más exiguas todavía.

Toda conservación de un objeto de arquitectura es, hoy en día, esencialmente un acto de conmemoración. Se conserva físicamente el objeto para recordar, para formar una «memoria colectiva». Este tipo de conservación a la larga corre el peligro de volverse insostenible. Pero hay, creo, otra manera de conservar, más dinámica y menos asistencial. Esta conservación no empezaría, como aquélla que todos conocemos, por el edificio. No empezaría por las hojas, sino por las ramas, por la estructura del territorio. No empezaría por el mosaico, sino por la red.

Cómo conservar la red que estructura el territorio es entonces la siguiente pregunta.

Cada proyecto, cada intervención en el paisaje construido, no nace exclusivamente de la pura interacción entre lugar y proyectista. Éste, antes de empezar, ya tiene una «imagen» preconcebida de ese y de cualquier otro lugar, una imagen moldeada por su entorno cultural. La imagen más fuerte de todo este siglo es la que hace del territorio el lugar de la confusión. Una confusión que nace del conflicto entre la necesidad de conservar el pasado acumulado en el suelo y aquélla de intervenir en el mismo suelo para transformarlo y adaptarlo a las necesidades actuales. «El territorio desordenado» es un concepto del que hemos tirado muchísimo y del que, añadiría yo, hemos abusado. Si intentáramos buscar paralelos con la lengua, el territorio sería un texto desarticulado, insensato, lleno de contradicciones y de faltas. Propongo substituir esta imagen del territorio como texto caótico por la del territorio como hipertexto.

Un hipertexto es un documento electrónico compuesto por muchos textos. La diferencia entre éste y una antología normal y corriente, es que en la segunda los textos sólo se pueden ordenar secuencialmente, mientras que en el hipertexto, en cambio, no existe un orden lineal. Las relaciones entre los textos de este documento electrónico se establecen a través de palabras clave que conectan unos con otros hasta crear una estructura que puede ser mucho más elaborada y compleja que la sencilla ordenación secuencial: una antología es un conjunto de textos, un hipertexto es un sistema.

En el territorio pasa algo parecido. El desorden territorial con el que nos enfrentamos actualmente sólo es aparente; se trata, más bien, de una serie de órdenes superpuestos y entrelazados que pueden (pero no siempre es así) dar lugar a situaciones conflictivas -y aparentemente caóticas- allí donde se encuentran y se ven obligados a adaptarse el uno al otro. Y las maneras de pensar y de ordenar el territorio, no sólo se superponen con el paso del tiempo y de las épocas, no sólo se acumulan secuencialmente -como los textos de una antología-, sino que también se entrelazan y se funden, dando lugar a un sistema, como en un hipertexto. Buscar una multitud

de órdenes en vez de empeñarse en ordenar un supuesto caos, ya es una actitud que deja mucho más espacio a la conservación. Reconocer los textos que ya están escritos en el papel del suelo da la posibilidad de seguir desarrollando los mismos argumentos, de conservarlos o de interpretarlos y adaptarlos a las nuevas exigencias. Da la posibilidad de trabajar, como si de un hipertexto se tratara, sobre las conexiones entre los varios textos.